

cion de personas amantes de la tranquilidad: en vano intentó desarmar con bondad y dulzura á sus malaconsejados vasallos. Don Alonso, lleno de las esperanzas que le daban sus fuerzas, la desprevencion de los nuevos Reyes, y las ofertas de los castellanos sus parciales, desechó enteramente las proposiciones pacíficas y resolvió el rompimiento.

Tuvo Isabel que defender con la fuerza la heréncia de sus mayores. Pero las dificultades eran grandes: faltaba el dinero, nérvio de la guerra; Toro y Zamora habian abierto las puertas al enemigo; el castillo de Burgos, cabeza de Castilla y cámara de sus Reyes, tremolaba las quinas portuguesas; los franceses, solicitados por el Rei Don Alonso, entraban en Guipúzcoa, y despues de talar el país, sitiaban á Fuenterrabia. Hizo frente á todo Isabel: el amor de sus pueblos le dió soldados, el santuario le franqueó sus riquezas; y mientras el Rei su marido á la frente de un ejército contenia los progresos de los invasores, ella recorria sus estados buscando y enviando socorros; suscitaba enemigos á los Grandes disidentes en sus propios hogares, disponia se corriesen las fronteras de Portugal por Extremadura y Andalucia, aseguraba la fidelidad vacilante de Leon, y entablaba en Zamora las inteligéncias que hicieron recobrar aquella ciudad importante. El alma y el valor no tienen sexo. El Rei de Portugal se habia internado en Castilla con el desígnio de socorrer el castillo de Burgos. Isabel con un campo volante sigue sus movimientos, le pica la retaguardia, le corta los víveres, le obliga á retirarse á la frontera, y coge el fruto de sus nobles fatigas, recibiendo por si misma las llaves de aquella fortaleza, que se defendió con un teson digno de mejor cáusa.

Entretanto Fuenterrabia, escollo en algun tiempo de la gloria francesa, cercada y descercada tres veces, inutilizaba los grandes aprestos militares con que el Rei Luis se proponia favorecer á su aliado, y ensanchar sus dominios. Finalmente la jornada de Toro acabó de inclinar la balanza á favor de Isabel, y afianzó para siempre en sus sienes la corona. Atienza, Huete, Madrid volvieron á reconocer el império de sus legítimos dueños; la Réina recobraba en persona la fortaleza de Toro, punto capital de la guerra y pla-

vicio, se labraba en silencio aquella piedra preciosa que después debía brillar tanto en el trono.

Á los diez años de su edad, el Rei D. Enrique, ó reconociendo el poco decoro con que se criaban sus hermanos, ó mas bien por asegurarse de sus personas, los trasladó de Arévalo á su palácio. Las costumbres de Isabel, en quien la oscuridad y el abstraimiento habian madurado anticipadamente la reflexion y formado un alma fuerte y austera, pudieron resistir al áire inficionado de una corte corrompida y á los ejemplos de la Réina Doña Juana, á cuyo lado la puso el Rei su hermano. Tuvieron campo en que lucir sus nacientes virtudes. Entre ellas no fué la menor el respeto y deferencia á su cuñada, á pesar de la emulacion esencial en el sexo, de la diversidad de principios y de conducta, y de la oposicion de los mútuos intereses, señaladamente después que la Réina dió á luz aquella hija, ócasion de tantas turbulencias y desgracias. Siguióse la escandalosa escena de Ávila, la batalla de Olmedo y la sorpresa de Segóbia por el Infante Rei D. Alonso, proclamado y sostenido mas que por el amor de sus partidários, por el ódio á los desórdenes de Enrique. Isabel, que entonces se hallaba en Segóbia, volvió á reunirse por este médio con su hermano después de algunos años de separacion: pero no fué sinó para breves dias, al cabo de los cuales le vió espirar en sus brazos, hérido de la peste ó del tósigo, á primeros de júlio de 1468.

La Infanta, retirada en un monastério de Ávila, trataba solo de buscar algun alívio á su dolor y de cumplir con lo que debia á la memoria de su desventurado hermano, cuando los magnates que habian llevado su voz, y al frente de ellos el arzobispo de Toledo, vinieron á ofrecerle el cetro de Castilla. Isabel desechó resueltamente la propuesta. Llena de las máximas de una moral severa, á preséncia del último desengaño en la triste suerte del joven D. Alonso, lastimada profundamente de las ruinas y estragos de la guerra civil de que habia sido testigo, siguió con docilidad los impulsos de la sangre, y del amor y reveréncia á su hermano el Rei D. Enrique: y en una edad, en que la razon todavia mal formada apenas tiene que oponer á la seduccion y ataques de las pasiones, sola y sin consejo, dió esta leccion memorable de moderacion á un prelado, que debiendo por su ca-

vision de plazas y ejércitos, las negociaciones con el enemigo y con los malcontentos, en el discurso mismo de sus viages, atendia á la administracion de la justicia, cuidaba de que se ejecutasen las leyes, y aseguraba ó restablecia la quietud de los pueblos. Así sosegó la provincia de Extremadura, donde las parcialidades y facciones en las ciudades y la tirania de los alcáides de las fortalezas en los campos y caminos, no dejaban asilo alguno al habitante laborioso y pacífico: así quitó los bandos de Córdoba, origen y ocasion de innumerables delitos: así aplacó el motin de Segovia, donde arrojándose en médio de los sediciosos con un valor que sus cortesanos calificaron de temeridad, impuso repentino silencio y respeto á la osadia: así restituyó la tranquilidad á Sevilla, agitada habia largos tiempos de disturbios domésticos que frecuentemente la bañaron en sangre de sus mismos hijos. La presencia de la Reina ahuyenta el desorden y la confusion, como la del Sol ahuyenta la oscuridad y las tinieblas; y mezclando prudentemente la clemencia con la severidad, consigue reprimir los crímenes y ganar al mismo paso los corazones. Conquista harto mas útil y gloriosa que la de plazas y fortalezas; y linage de guerra, cuya táctica poseyó eminentemente Isabel y que fué uno de los principales instrumentos de los aciertos y mejoras de su gobierno.

Pero la Reina no podia asistir personalmente en todos los puntos de sus dominios y la maldad, la licencia, la impunidad de los malos, la falta de seguridad para los buenos, eran daños generales, antiguos, arraigados profundamente por doquiera. El remedio debia ser proporcionado á la dolencia. Convenia erigir un tribunal severo, ejecutivo, cuya vigilancia se extendiese y derramase hasta los últimos ángulos de las provincias y que componiéndose del comun de sus moradores no dejase recurso ni efugio á los delincuentes.

Esta fué la hermandad que en médio de los apuros ocasionados por la guerra con los portugueses, propusieron los reinos en las cortes de Madrigal del año 1476, y que se formó á poco bajo la proteccion Real en la villa de Dueñas. Los pueblos, armados en tropas regladas de á pié y de á caballo, armados por la mas justa de las causas, la seguridad pública, limpiaron de delitos el suelo de Castilla, castigaron ó ahuyentaron á los malhechores, y purgaron la tierra, co-

mo en otro tiempo Alcides, de los monstruos que la infestaban.

Habianse visto ya algunos ensayos de semejante institucion en el reinado de Don Alonso el XI, cuando el desconcierto y turbulencias de su menor edad no permitian vivir con seguridad fuera de lugares murados, cuando el pasagero veía ya sin extrañeza yacer en los caminos los cadáveres insepultos, y las leyes enmudecidas no se atrevian á clamar por venganza. Renovados los males en tiempo de Enrique IV, los pueblos volvieron á establecer de nuevo las hermandades: pero las contradijo y finalmente las destruyó el Rei, gobernado siempre por los autores de los daños que querian corregirse.

La hermandad de Dueñas nacia bajo auspicios muy diferentes. El bien general era el norte de todas las operaciones de Isabel, y la hermandad fué protegida, alentada y autorizada. En vano los Grandes y Prelados juntos en Cobeña, entre reverentes y quejosos, representaron contra un establecimiento que acercaba los pueblos al trono; que reuniéndolos les daba á conocer su fuerza é importancia; y que formando con el Gobierno una santa liga, le prestaba medios para reprimir los excesos de una oligarquía inquieta y ambiciosa que posponia la felicidad y lustre de la nacion á la triste gloria de mandar en sus ruinas. La respuesta vigorosa de Isabel les hizo entender que ya no reinaba el débil Enrique, y que en adelante coligadas la autoridad y la fuerza limitarían sus pretensiones á los términos de la razon, imponiéndoles la saludable necesidad de ser moderados y justos.

Luego que la paz permitió dar á las ocupaciones silenciosas del gabinete el tiempo y los cuidados que hasta allí habia distraido el estrépito de las armas, pudo Isabel atender ya desembarazadamente á la cura de las profundas llagas del cuerpo político y á la extirpacion de los abusos que se oponian á su prosperidad y esplendor. Á este fin mandó convocar las cortes de Toledo del año 1480; cortes memorables por la gravedad de los asuntos que en ellas se ventilaron, y por la influencia que tuvieron sus decisiones en el estado ulterior de la monarquía.

El daño que por su mayor bulto llamaba la primera atencion de las cortes, era la pobreza del erario. Los pueblos pagaban con-

tribuciones considerables y mas que suficientes para cubrir los gastos de administracion y demas urgencias del bien comun en paz y en guerra; pero no llegaban á su natural destino, al fondo que el Gobierno necesita para asegurar el orden interior contra los criminales y la independencia nacional contra los extraños. Lejos de llenar estos objetos, los únicos á que el cultivador y el artesano sacrifican gustosos parte del fruto de sus sudores, el patrimonio público repartido entre manos rapaces y ambiciosas les daba facilidad y ocasion para traer amenazada de continuo y perturbada la quietud del reino. Los Ricoshombres de Castilla, aquella raza valerosa que habia concurrido á cimentar el Estado con su sangre y con sus proezas, no se contentaban con la consideracion y el honor, moneda en que solo pudieran recompensarse dignamente sus méritos; y aprovechándose de la flojedad de los Reyes, sirviéndoles unas veces, desirviéndoles otras, arrancaban los tesoros en premio ó en precio de su fidelidad. Enrique IV, olvidando que los Príncipes son mas bien administradores que dueños de los caudales del erario, dejó llegar á su colmo el desorden; y las mercedes exorbitantes en juro y vasallos, los privilegios de batir moneda, los albalaes y firmas en blanco acompañaron á la continua enagenacion de pueblos y fincas de la corona, llegándose á decir que no era Rei de otra cosa que de los caminos. Los pueblos, oprimidos con las cargas generales que se repartian cada dia entre menos contribuyentes, murmuraban de la funesta liberalidad de Enrique. Las cortes de Ocaña se lo representaron en 1469; las de Santa Maria de Nieva de 1473 alzaron el grito, y consiguieron en fin que anulase solemnemente todas las enagenaciones y gracias hechas en los diez años precedentes. Pero fuese el influjo de los poseedores ó la natural inaccion del Rei ó su muerte que siguió á poco, no tuvo lugar reforma tan necesaria. En los principios del reinado de Isabel, la guerra de Portugal hizo resaltar los inconvenientes, obligando á recurrir á la plata de las iglesias y á empréstitos gravosos para resistir á los invasores. La nacion que habia tocado y sufrido los males, anhelaba y con razon por el remedio. Sus Procuradores lo reclamaron en Toledo; y todo parecia autorizar al Gobierno para cortar de una vez en su origen abusos tan notó-

14  
rios. Solo la delicadeza de Isabel no está aun satisfecha: no contenta con que se efectue la reforma, quiere tambien que sea á gusto de los mismos que han de experimentarla: quiere que la persuasion y el convencimiento hagan llevadero lo que la justicia y las circunstancias hacen necesario. Convoca extraordinariamente á los Grandes y á los Prelados, y espera de su lealtad que sacrificarán al bien público sus pretensiones é intereses particulares. El éxito fué el que merecian esperanzas tan honoríficas á la Réina y á sus vasallos: y en pocos meses, sin violéncia, sin amargura y sin reclamaciones, recobró su riqueza y opuléncia la corona. ¡Que es lo que no puede conseguir la razon con las armas irresistibles de la dulzura!

El primer uso que hizo nuestra Princesa de los nuevos aumentos del erário, fué indemnizar de los perjuicios de la guerra, y socorrer con generosidad á los hijos y viudas de los defensores de la pátria muertos en su servicio. Entretanto se arreglaban de acuerdo con las cortes la forma y atributos de los tribunales supremos; se derogaban ó aclaraban las leyes antiguas; se hacian otras nuevas; se tiraban las primeras líneas para la grande obra de una legislacion armónica, de una legislacion comun á todos los dominios de Castilla; se empezaba á tratar de las reformas á que lo calamitoso de los tiempos obligaba en el clero secular y regular; se ponian las bases del concordato con la corte de Roma, de que tantas ventajas resultaron á la Religion y al Estado; en suma, se promovian todos los ramos de la felicidad pública, y se buscaban los médios de establecerla sobre fundamentos sólidos y permanentes.

Nuevo espíritu, vigor nuevo discurre por las venas y miembros, yertos hasta entonces, de la monarquía castellana: reúnen-se sus fuerzas, antes enflaquecidas por la division y la discórdia, y el Gobierno adquiere la robustez necesaria para asegurar el orden y bien general. Todavía está fresca la memoria del tiempo en que Isabel tenia á cada paso que capitular con los próceres, y en que el Arzobispo de Toledo le negaba una conferencia que la moderacion de la Réina le pedia con instáncia; pero ya ha desaparecido aquella época de languidez y de opróbio. El Estado, poco ha debil y sin

autoridad para sostener las leyes y refrenar la osadía de un vasallo, recobra rápidamente su natural energía, tiene ya la bastante para hacerse respetar de propios y extraños. Triste del que se atrevía á interrumpir su tranquilidad y provocar su cólera: la desolación, el estrago y la ruina serán el castigo de su loca presunción y atrevimiento.

Esto fue lo que experimentó el reino de Granada. Habia largos tiempos que los Reyes de Castilla no hacian progresos notables en la antigua empresa de reconquistar el pais ocupado por los moros, y las fronteras eran casi las mismas que á la muerte del santo Rei Don Fernando. Poco ó nada adelantaron sus inmediatos sucesores. La jornada de Tarifa fue mas gloriosa que útil: la muerte lastimera del héroe que la venció cortó los vuelos en lo mejor de sus años á sus victorias y hazañas. Lejos de imitarlas su hijo Don Pedro y de entrar en la gloriosa carrera que le mostraban los ejemplos de sus predecesores, hizo alianza con los infieles y aun se valió alguna vez de sus armas en las ominosas contiendas que mantuvo siempre con sus hermanos y vasallos, y que al cabo le costaron el cetro y la vida. En los reinados siguientes, los disturbios civiles, las tutorias, la indolencia de los Reyes y las guerras con otros Principes de la península habian puesto en olvido la de los mahometanos, ó reducida á algunas entradas y tálas sin plan ni consecuéncias. Los moros se habian acostumbrado á despreciar al leon que dormia. Durante la guerra con Portugal en los primeros años del gobierno de Isabel, los infieles habian penetrado en términos de Castilla y llevándolo todo á sangre y fuego. Hubo que disimular este insulto, igualmente que la arrogancia con que se negaron á pagar las párias que solian al mismo tiempo que solicitaban la continuacion de la tregua, y contemporizar prudentemente hasta que ajustada la paz con los portugueses, se ofreciera ocasion oportuna para la venganza.

Proporcionóla en la sorpresa de Zahara la infidelidad granadina. Esta infraccion escandalosa de los tratados tuvo su desquite en la sorpresa de Alhama por Itroas pas de Sevilla casi á vista de la capital Granada. El empeño de los moros en recobrarla y el de los cristianos en mantenerla, formalizó una guerra que debia fenecer la

que duraba entre unos y otros cerca había ya de ochocientos años.

La empresa en que se entraba de la conquista del reino de Granada, presentaba dificultades considerables. Habían pasado, es cierto, los tiempos de Tarec y Almanzor, los tiempos en que Valdejunquera y Alarcos recibían su triste celebridad de nuestras desgracias: pero un territorio favorecido liberalmente por la naturaleza y de una población que por lo extraordinaria suponía un estado floreciente de agricultura y de industria, cimiento y medida del verdadero poder de las naciones, abundaba en recursos y medios de ofensa y de defensa: y no siendo ni aun la décima parte de la península, solía poner en pie formidables ejércitos, superiores alguna vez en número y no siempre inferiores en valor á los cristianos. El país fragoso, cortado de montañas y erizado de castillos y fortalezas, era poco favorable á los agresores. El entusiasmo religioso de los habitantes y la inveterada ojeriza entre ambas naciones, no dejando medio entre la victoria, la esclavitud ó la muerte, era otra arma y no la menor en manos del más débil. Tal vez y en los mismos principios de la guerra, la fortuna miró con semblante risueño á los moros: las lomas de la Ajarquía de Málaga presenciaron la pérdida de la flor de Andalucía, pasada á cuchillo ó reducida á cautiverio: levantóse en desorden y con poca honra el cerco de Loja, mandado en persona por el Rei Don Fernando. Quizás en otro reinado hubieran aflojado con esto los aprestos militares y los cristianos se contentaran, como en lo pasado, con unas tréguas poco estables que dejaban pendiente el empeño, ó cuando más con unas pías que habían de negarse á la primera coyuntura favorable. Pero Isabel, enemiga de partidos pusilánimes, decreta la conservación de Alhama contra la tímida prudencia de los consejeros del Rei su esposo, recorre la frontera, infunde en los pechos el fuego sagrado del amor de la gloria, y resuelve arrancar del suelo de España el imperio de la media-luna.

Entonces fue cuando Europa miró atónita á una muger ocuparse en la formación de planes de campaña, votar entre los viejos y experimentados capitanes, y presidir á los preparativos marciales con una inteligencia á que no habían llegado los guerreros de



las edades anteriores. No dirigirá el valor ciego las operaciones bélicas, como había sido comun hasta aquel tiempo: la fuerza será lo que debe ser, el instrumento del discurso; y la guerra de Granada vá á abrir la escuela donde se estudie y adelante el arte militar, y se formen los grandes soldados que durante el siglo siguiente han de hacer respetar en todas partes las banderas españolas.

Nada se omitió de cuanto podia asegurar el suceso. Suiza nos envió su invicta infanteria, Alemánia sus diestros artilleros, Inglaterra, Portugal y Fráncia sus preciados campeones. Un cuerpo numeroso de pontoneros facilitaba los pasos necesarios sobre barrancos y rios, mientras que millares de gastadores desmontaban las colinas, elevaban los valles y abrian caminos por sierras impracticables. Por ellos arrastraban dos mil carros las lombardas que debian derrocar las robustas torres de los alcázares moriscos. La Réina disponia la fábrica de municiones, los acópios de pólvora, los cortes de maderas; cuidaba de las provisiones y recluta del ejército, de la seguridad de la frontera, de la facilidad de las comunicaciones; establecia postas para ellas; y atenta á todo lo que podia contribuir al éxito feliz de la empresa, mandaba armar naves en las marinas de Vizcaya para interceptar los socorros de África, infestar la costa enemiga, y apoyar las operaciones de las tropas destinadas á la conquista.

No podian las fuerzas granadinas resistir preparativos tan formidables. Recobróse Zahara, manzana de la discórdia y ocasión de la guerra: siguió la toma de Alora, Cártama, Ronda, Illora, Velez-Málaga: Loja, la soberbia Loja, que antes vió y celebró la méngua de los cristianos, tuvo que humillar la cerviz y recibir el yugo. Marbella, Fuengirola y otros pueblos mejor aconsejados quisieron mas bien experimentar la clemencia del vencedor que el rigor de sus armas.

Los sucesos de aquella guerra mostraron que Isabel reunía á la grandeza de alma que acomete las altas empresas, á la prudencia que las facilita y á la constancia que las acaba, la bondad y dulce-beneficencia que corona estas otras virtudes, y es el distintivo cierto de los corazones verdaderamente grandes y generosos. Durante la guerra de Granada, Isabel ideó y estableció los

hospitales de campaña : establecimiento no conocido hasta aquella época y despues imitado por todas las naciones cultas , que templando los males de la guerra y los inconvenientes inexcusables de la victória , ofreció entonces poderosos motivos de gratitud á los soldados castellanos , como ahora exige y exigirá siempre el reconocimiento y elógió de todos los pueblos para quienes la humanidad no sea un nombre vano y sin significacion. Subió de punto el afecto de los soldados de Isabel , cuando la vieron tomar personalmente parte en sus fatigas , asociarse á sus peligros y seguir con ellos las operaciones militares : cuando la vieron campar bajo las murallas de Moclin , asistir á la rendicion de Montefrio , estar á punto de perder la vida delante de Málaga á manos de un nuevo Escévola : y solo pudieran corresponder dignamente á estas demostraciones con su amor y con sus hazañas.

Despues de un largo cerco , comparable con los famosos de la historia , en que se habian atropellado unos á otros los rasgos de valor y heroismo de sitiados y sitiadores , la toma de Málaga vino tambien á aumentar las conquistas de Isabel , y á premiar su magnanimidad y constancia. Las armas cristianas no hallaban obstáculo capaz de detener sus progresos , y la victória parecia haberse fijado irrevocablemente bajo sus estandartes: pero estuvo para abandonarlos en el sitio de Baza. Eran pasados ya seis meses de fatigas y de combates: el acero del enemigo y el acero todavia mas afilado y temible de las enfermedades , habia segado veinte mil campeones castellanos: la estacion , las avenidas , las lluvias , todas las combinaciones del acaso se mostraban obstinadas en favorecer á los moros. La Réina , despues de haber abierto siete leguas de camino para la conduccion de provisiones y pertrechos , despues de haber empleado sumas inmensas y apurado todos los recursos , habia empeñado sus alhajas para acudir á los gastos del sitio ; y la pertinacia , seamos justos , el valor de los defensores de Baza no daba indicios de cansancio ni flaqueza. Vacilaba ya el rei Fernando , y empezaba á dar oidos á las propuestas y consejos de levantar el cerco y aguardar mejor coyuntura. Pero no será , no : Isabel , la que vota siempre por los partidos animosos , la que se opuso á la evacuacion de Alhama , la